

RUT VENCIO EL MAL GENIO

Rut tenía siempre un genio ingobernable. Mi primer recuerdo de ese mal genio es algo confuso, pues han pasado ya muchos años. Habremos tenido entonces las dos unos cinco años de edad. Yo tenía una muñeca negra, de cabello crespo, que le gustaba mucho a Rut. Un día me la pidió con mucha insistencia, pero como yo quería mucho a mi muñeca me negué a dársela. Entonces Rut se enojó y me tiró una piedra que me produjo una gran herida en la frente, de la cual manó sangre en abundancia.

Rut estaba horrorizada del daño que había hecho. Aún la recuerdo tapándose la cara para no ver la sangre que corría. Al oírme llorar, alguien vino en mi auxilio, me lavó la herida y me puso una venda en la frente. Me besaron, me acariciaron y me dieron un caramelo, con lo cual pronto me consolé. Pero sobre todo recuerdo vívidamente el rostro asustado de Rut cuando luego me dijo:

-Yo no pensaba que iba a hacerte mal. No quería lastimarte. La piedra se me escapó de la mano. Pronto fuimos buenas amigas otra vez. Una piedra arrojada impulsivamente o una frente lastimada son cosas baladíes en una verdadera amistad de niños. Pero aunque éramos tan amigas, con el transcurso de los años nos alejamos cada vez más una de la otra y nos vimos con menos frecuencia. Vivimos en diferentes ciudades, asistimos a diferentes colegios y nuestros ideales en la vida fueron también distintos. Sin embargo, de vez en cuando solíamos visitarnos. Y fue en una de mis visitas a su casa cuando la vi otra vez perder el dominio propio. Fue cuando su hermanito volcó descuidadamente una taza de chocolate sobre un hermoso vestido nuevo que ella se había puesto. Rut era una niña hermosa y lo es aún. Tiene abundante cabellera rubia y los ojos más azules que yo haya visto alguna vez. Su boca parecía el primer capullo de rosa de la primavera; pero aunque era tan hermosa no hubiera querido ser su hermanito aquel día cuando él volcó el chocolate sobre su vestido nuevo. La mirada de aquellos ojos azules se volvió tan dura y fría como el hielo mismo, como hielo a través del cual se ve resplandecer un fuego ardiente. Apretó los labios de esa boca de rosa hasta que parecieron una delgada línea escarlata en su rostro. La vi entonces alzar una mano convulsivamente, y de pronto su hermanito, dando un grito de espanto, salió corriendo de la pieza. Y sin duda tenía razones para hacerlo. En el rostro de Rut se dibujó una sonrisa despectiva. Entonces extendió el brazo y tomando un pocillo de porcelana muy fina lo arrojó con fuerza al suelo, donde se hizo añicos. La miré aturdida, y Rut, avergonzada de sí misma, salió de la pieza y se encerró en su dormitorio. Yo me quedé sola en el comedor contemplando los pedazos del pocillo esparcidos por el suelo, y mientras estaba allí de pie, entró en puntillas el hermanito de Rut.

-¿Eso lo hizo Rut? -preguntó señalando con el dedo los pedazos de porcelana. Y entonces, antes de que pudiera responderle, sonrió a manera de disculpa, como suelen hacerlo a veces los niños.

-Rut generalmente es una niña muy buena -agregó-. Sí, es una niña de las mejores, pero cuando se enoja es terrible. Grita, llora y tira cuanto halla a mano. Y no le importa dónde lo tira. Es cierto que después se arrepiente, pero parece que no puede dejar de portarse así. Rut permaneció en su pieza durante casi todo el resto del día. Tenía un fuerte dolor de cabeza. Al día siguiente se levantó temprano y pronto la oí cantar mientras quitaba el polvo de los muebles; pero su rostro estaba todavía pálido y había en sus ojos una expresión de espanto. Transcurrió el tiempo y ambas nos hicimos señoritas y salimos del colegio. Yo me hallaba ocupada en el mundo de los negocios, en mi trabajo predilecto, cuando cierto día Rut me escribió comunicándome la noticia de su enlace, que se realizaría después de pocos días. El joven con quien iba a casarse era del oeste del país, y ella lo había conocido hacía poco tiempo. No conocía aún a ninguno de sus futuros parientes, pero me decía en su carta que el padre de su prometido, quien era un cirujano famoso, iba a pasar una semana en la ciudad, y que ella pensaba agasajarlo con una cena.

-Pienso ir a la ciudad el día de la comida -me escribió-, y si tú quieres encontrarte conmigo en la estación iremos juntas. Quisiera estar de regreso antes de que llegue el padre de Roberto, pues quiero que tenga de mí la mejor impresión posible.

Fui a la estación a la hora convenida, pero aunque faltaba muy poco para la llegada del tren no pude ver a Rut por ninguna parte. Yo esperaba nerviosamente, pues recordaba que ella deseaba llegar a casa temprano para impresionar bien a su futuro suegro. Por fin, cuando las puertas de hierro se habían cerrado y el tren estaba por arrancar, apareció Rut corriendo, con la cara encendida y el sombrero ladeado.

-El tren está ya por salir y han cerrado las puertas -le dije.

La estación estaba llena de gente, pero a Rut pareció no importarle. Se dirigió al guarda que acababa de cerrar las puertas de entrada al andén y le dijo:

-Déjeme pasar, es necesario que tome este tren. Tengo que pasar.

-Lo siento, señorita; pero eso iría contra los reglamentos -dijo inflexible el guarda. Entonces Rut perdió por completo el dominio propio, tal como le había sucedido cuando me hirió con la piedra y cuando su hermanito dejó caer el chocolate en su vestido.

-¡Odioso! -le dijo al guarda-, ¡Odioso! Ud. me podría haber dejado pasar. ¡Odioso! Golpeó el suelo con el pie y entonces arrojó con toda su fuerza al otro lado de la estación un paquete que tenía en la mano, el cual dio en un caballero de edad y cayó a los pies de él, esparciendo pétalos de rosas a su alrededor. Formábamos el centro de un risueño gentío. Yo me retiré un poco apoyándome en una columna, mientras el anciano caballero recogía las rosas y entregaba el paquete a Rut a la vez que decía:

-Señorita, no sé quién será Ud., pero quiero decirle una cosa. Tiene que dominar ese genio, pues la está perjudicando. Ud. no me dañó a mí cuando me arrojó el paquete. No hizo más que hacerme sentir disgustado. Pero sí se perjudicó a usted misma, pues si sigue perdiendo el dominio propio de esa manera terminará sus días en un manicomio. Se lo puedo asegurar, y nadie lo lamentará, pues las personas con un genio como el suyo son un peligro dondequiera se encuentren.

Rut quedó pálida y estupefacta, pues nadie le había hablado jamás así. El grupo de curiosos se había dispersado, y el caballero estaba por seguir hablando cuando un joven de anchos hombros y buena presencia se le acercó por detrás y lo tomó de los hombros.

-Pero, papá -exclamó alegremente-, ¿cómo es que ya conoces a Rut? Aunque yo nunca había visto al joven, en seguida me di cuenta de que era Roberto, el prometido de Rut.

Tarde aquella noche, después de que todos los invitados se retiraron, me encamine a la pieza de Rut. La hallé echada en la cama sollozando; pero al oír mis pasos se sentó y me dijo:

-Nunca más voy a perder el dominio propio. Mañana se lo contaré todo a Roberto. Tal vez -y al decir esto su voz temblaba-, ya no querrá casarse con una joven que podría terminar sus días en un manicomio; pero, suceda lo que suceda, nunca más voy a perder el dominio propio.

Y cumplió su palabra. Rut venció justamente como otras niñas han vencido cuando han tenido que arrostrar problemas difíciles. Me confesó que a veces le era realmente difícil. Tenía que encerrarse en su pieza y hasta morder los barrotes de la cama. A veces se arrodillaba y pedía ayuda a Dios. Pero no importaba cuán dura fuera la lucha, solía darse vuelta y comenzaba a entonar en voz baja alguna melodía antes de volver a hablar. Me dijo que mientras cantaba, solía repetir las palabras: "Te amenaza el manicomio", y así se calmaba.

Hace poco volví a visitar a Rut en su casa nueva. Su suegro, que la quiere mucho, vive con ellos. Rut misma atiende los quehaceres de su casa, por lo cual después de la cena fui con ella a la cocina y la ayudé a lavar la loza. Roberto vino también, y estaba secando una jarra de cristal tallado con tapa de plata, cuando, distraído por nuestra conversación, la dejó caer.

Yo retrocedí instintivamente, aguardando la tormenta de ira, pues era uno de los regalos de casamiento de Rut; pero la tormenta no estalló como lo esperara.

-¡Siento mucho lo que he hecho, querida! -dijo Roberto visiblemente perturbado- ¡Lo siento de veras! Pero Rut no le dio tiempo para decir más.

-No te aflijas por eso, Roberto -lo interrumpió en tono cariñoso-, no vale la pena. Compraremos otra igual algún día.

Dominarle equivale a multiplicar las dotes personales.-R. Kehl.